

llega a re-construir operativamente el resultado nominal global. Al integrar a ese nombre compuesto un verbo, tiene la propiedad, rigurosamente vedada a los nombres «ordinarios», de declinarse temporalmente: designando a un ser espacial (la sustancia nominal), lo designa por medio de un proceso o de una operación temporal. Esta última se ofrece en el poema como promesa de venidera (*el que vendrá*) o pretérita (*el que vino*) realización. Este nombre excepcional no tiene nombre en las gramáticas. Sustantivo verbal o verbo-sustantivo, *el que vendrá/vino* actúa en nombre del Nombre: bien podría ser, entonces, *el pronombre inmenso* que aparece en el verso nono del poema. Cualquiera que pueda ser el Nombre que le sirva de referente, *el pronombre inmenso* no puede ser otro que el de tercera persona, persona ajena, otra, distinta de la primera, o declinación objetivada, distanciada, «histórica», de la primera.

2º.— *La tercera persona: pronombre reflejo*

En la segunda fase de su triple actualización, la tercera persona aparece tres veces como pronombre complemento *se*. En las oraciones reflejas, el pronombre *se* nombra la función pasiva del sujeto de tercera persona, mientras que *el que* nombra su función activa. En la primera estrofa se manifiesta una vez la pasividad, con la sola aparición de *sentarse*. En la segunda estrofa, se duplica la expresión, encontrándose el verbo *sentarse* en el verso inicial y en el último. Coincide la insistencia en la pasividad con el carácter pretérito de la tercera persona: *el que vino*.

3º.— *La tercera persona: mera desinencia.*

La tercera fase de su desarrollo textual borra totalmente la presencia autónoma de la tercera persona, y sólo le permite manifestarse flexionalmente en el verbo *Acaba de darme* que encabeza la tercera estrofa del poema.

— *Grupo de las estrofas conclusivas.*

Ese esfumarse progresivo también estructura las últimas tres estrofas, pero éstas ya no manifiestan la presencia *activa* de la tercera persona, sino una presencia *pasiva* que se asemeja a la pasividad textual de la primera:

Acaba de hacer al bien los honores que le tocan
 en virtud del infame paquidermo,
 por lo soñado en mí y en él matado.
 Acaba de ponerme (no hay primera)
 su segunda aflixión en plenos lomos
 y su tercer sudor en plena lágrima.
 Acaba de pasar sin haber venido.

1º.— *La tercera persona: locativo y desinencia*

En la quinta estrofa se convierte la tercera persona, como la primera, pero con mayor dramatismo, en sitio o espacio de un sueño general, externo, ajeno, que encarnado en ella, es matado, también en ella. La tercera persona es, pues, el continente inerte, impotente, del asesinato de un sueño ya soñado, pretérito, caducado.

2º.— *La tercera persona: posesivo y desinencia*

En los sintagmas *su segunda aflixión* y *su tercer sudor*, la tercera persona desempeña el papel de «puente» o vínculo entre su ser propio y dos sustantivos, dos atributos —*aflixión, sudor*— que lo definen por su agonía. Si la función metonímica del posesivo hace de *su segunda aflixión* la misma sustancia de la tercera persona, esa aflixión se convierte en dolor físico-moral de la primera: *ponerme... su segunda aflixión en ple-nos lomos*. De igual modo, el *tercer sudor* de la tercera persona no es sino el conjunto de las lágrimas vertidas por la piel, es decir la expresión metonímica del dolor de la primera: *y su tercer sudor en plena lágrima*.

3º.— *En la última estrofa, reducida a un solo verso:*

Acaba de pasar sin haber venido.

ha desaparecido definitivamente la tercera persona en cuanto significante autónomo, y no subsiste sino como componente flexional del verbo.

El trabajo lingüístico sobre las personas que se lleva a cabo en el «taller» del poema, invierte totalmente la posición teórica de la primera y de la tercera en el sistema. La oposición fundamental entre ambas personas, ya evocada, se convierte en el poema en progresiva pero no acabada identificación. La primera, cuyo nombre lingüístico activo de sujeto no aparece nunca en el texto, asume el papel textual de receptora pasiva. La tercera, en cambio, se manifiesta bajo la forma de un nombre analítico complejo, verbo-sustantivo, que funciona como pro-nombre de un Nombre oculto: sujeto de varios verbos, la tercera persona, signo autónomo «activo» en las primeras dos estrofas, viene a ser simple locativo y vínculo posesivo, antes de disolverse en el significante verbal como mera desinencia. Decíamos al empezar este análisis que la primera persona es a la vez agente y objeto de su propio discurso, y la tercera sólo objeto del discurso de la primera. Podemos suponer, en consecuencia, que la tercera persona del poema sea una persona ajena a la primera, cuya identidad se desconoce todavía, o la primera concebida ahora como mero objeto de su discurso: el desdoblamiento de la primera persona proyecta fuera del locutor su propia objetivación que, en el caso del poema, coincide con un estado ulterior de su paso por el tiempo.

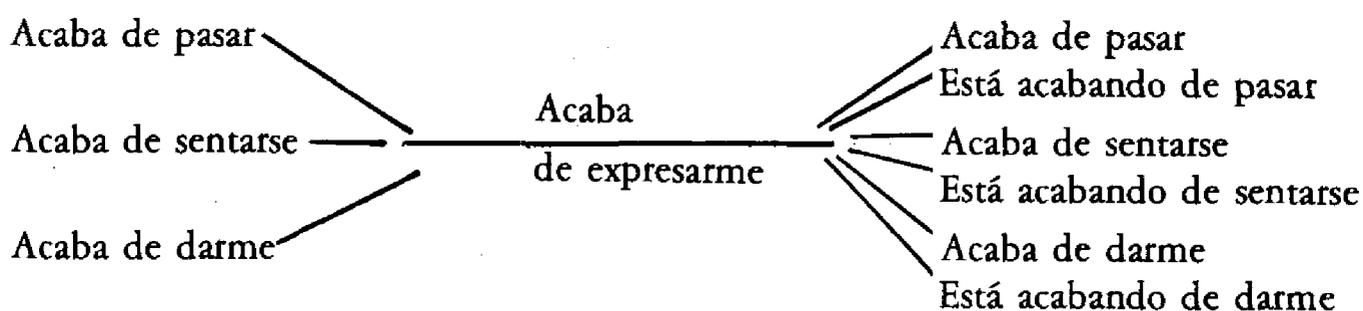
En ambos casos, la primera persona y la tercera, aunque compartan una serie de elementos definitorios, no llegan a identificarse completamente, y en el hiato reside precisamente la eficacia poética y sugestiva del «arsenal» lingüístico de la persona.

III.— *Trabajo lingüístico: la expresión verbal, temporal, aspectual y léxica de la dualidad inmanencia/trascendencia*

La estructura temporal superficial del texto la definen y ritman las nueve apariciones, a principios de verso, del verbo *acaba*, inmediatamente seguido de la preposición *de* y de un verbo en infinitivo, en ocho de los casos, y del verbo *acaba*, empleado de modo absoluto, en el verso undécimo que abre la estrofa central del poema. Sólo en el verso siguiente, se vincula a posteriori el *Acaba* absoluto con la preposición *de* y el infinitivo.

del Verbo y la extinción de la persona fueran una sola y misma cosa. En esa doble y simultánea extinción estriban precisamente el tercer término de la lectura y la resolución de la tensión dialéctica. La tercera persona está finando o extinguiéndose (*Acaba*) un instante/un verso antes que su palabra se haya extinguido y haya caducado (*Acaba de expresarme*).

El trabajo dinámico y dialéctico de construcción del sentido a que nos obliga la estrofa central, puede extenderse al poema entero, enteramente sometido a una posible disyuntiva, a una doble lectura. Ésta sólo puede empezar a emprenderse cuando se ha llevado a cabo el análisis de la estrofa de desunión del sintagma. Empieza a leerse el texto en perfecto inmediato y, después de la disyunción central, vuélvese a leer en infecto, en inmanencia, convirtiéndose la lectura normalmente progresiva en lectura regresiva y la lectura única en lectura dialéctica:



y, para la segunda parte del poema:

Acaba

de expresarme...

{ Acaba de hacerle
 { Está acabando de hacerle
 { Acaba de ponerme
 { Está acabando de ponerme
 { Acaba de pasar
 { Está acabando de pasar...

La interpretación en forma progresiva (*Está acabando de + infinitivo*) viene a ser lectura inmanente del proceso expresado por los verbos en infinitivo, lectura que se deduce de la disyunción/disyuntiva central, y complementa la lectura trascendente, corrientemente debida a la auxiliatización de *acabar de*. Todo ello es cuestión de límite, y de desplazarse en un movimiento pendular el contenido global del verso del verbo *acabar* al verbo en infinitivo y vice-versa.

Lo que domina, a pesar de todo, es la lectura trascendente del sintagma y la perspectiva, en perfecto, de las siete operaciones llevadas a cabo por la tercera persona (*pasar, sentarse, darme, expresarme, hacer, ponerme, pasar*). Sin embargo el texto y su estrofa central introducen una fractura dentro de la trascendencia que así llega a desdoblarse en inmanencia/trascendencia.